



Los Cuatro Enemigos de América Latina

León Pacheco



América Latina sufría, hasta hace poco, de la acción de tres enemigos que erosionaban su conciencia y su vida: el militarismo, el imperialismo y las multinacionales. Ahora le ha nacido uno nuevo, quizás el más devastador de los cuatro, por su aspecto inocente: la defensa de los derechos del hombre que un comentarista norteamericano llama «el evangelismo político» del presidente Jimmy Carter.

Con la técnica de este evangelismo está desapareciendo completamente, en América Latina, la libertad humana. La actual teoría de los derechos del hombre, a la cual no la respalda ninguna acción, no ha resuelto problema alguno del hombre latinoamericano. Las dictaduras militares más crueles que nunca, se han adormecido con esta droga. Las masas infinitas, ignorantes y hambrientas, sufren el peso de esta filosofía cartesiana del presidente Carter.

Ortega y Gasset afirmaba que desde el instante en que desembarcó en tierra americana el primer español el

Nuevo Mundo vive en una perpetua guerra civil. No sabemos si el recio escritor tenía razón o no en su visión política de la América primitiva. Conocía la pasión española que es contraria al proceso metódico de las ideas. América vive, pues, desde 1492, en una guerra civil sin fin que se intensificó a partir de los acontecimientos de la Independencia. Muchas patas de caballos han hundido sus cascos en montañas y pampas americanas bajo las nalgas de criollos, cholos, mulatos y extranjeros que aún en 1978 andan detrás de una definición nacional en un continente inmenso. América Latina sin generales no es concebible como no es concebible Inglaterra sin Parlamento.

El imperialismo ha sido siempre para América un mal necesario porque fue en tierras americanas donde los imperios del Renacimiento descubrieron las materias primas que su mismo descubrimiento hizo necesarias para explorar las nuevas tierras y los mercados europeos de sus metales preciosos. España dominaba a América. Las demás potencias europeas que se entretenían jugosamente con el juego de la piratería marítima le hacían la existencia imposible. Los bucaneros oficiales y los de más acá del Estado español medían sus fuerzas que siempre eran ventajosas para los hombres de fuera de la ley. En este embrollo histórico, un fraile español, el padre Vitoria, creó el derecho internacional público para enredar más la conquista y justificar la mezquindad de los nuevos imperios. Algo parecido a la tesis de los derechos del hombre de Carter que ha regado la hipótesis de sus semillas infecundas por todos los países de la tierra. El imperialismo se ha asentado disimuladamente, en los últimos tiempos, en el mundo con el pretexto de la lucha de teorías políticas en las cuales nadie cree. Esto no impide que todos se sirvan de ellas para su provecho. Todo el mundo está claro en que a los Estados Unidos nadie los moverá de América Latina, traspatio de su mística comercial. Para justificar su presencia en el tumulto de su vida, forjan lemas que tienden a hacer más vivo el sentimiento antimperialista en América. Ayer fue el «Destino Manifiesto», después la «Alianza para el Progreso». Hoy, son los «Derechos del hombre» de la era carteriana. Es el mismo manjar con

distinta salsa literaria. A comienzos de este siglo, la ocupación del Caribe por las fuerzas norteamericanas fue efectiva para evidenciar la presencia sin contradicciones del imperialismo. Hoy, el procedimiento es otro porque los Estados Unidos son una potencia mundial que está presente simultáneamente en todas las regiones del planeta. Es necesario cuidar las apariencias. El presidente Carter le entrega el Canal de Panamá al general Omar Torrijos. Los egipcios hicieron la prueba de su dominio nacionalista del Canal de Suez en 1966. El canal continuó siendo europeo.

Los derechos del hombre están ya presentes en la manifestación de buena voluntad evangelista que es el mismo Destino Manifiesto que les produjo a los Estados Unidos una buena tajada de tierra a costa de Méjico. Hoy los braceros, sin embargo, conquistan la gran nación con su sexo y la fuerza de sus brazos que sudan cemento indígena.

Las multinacionales son la síntesis del hombre actual. Su dominio anónimo e inhumano no es solamente norteamericano. Es internacional, en función de la gran industria y del gran capitalismo de todas las naciones del mundo, las ricas y las pobres. Las multinacionales, que accionan fuera de las ideas, han dividido al mundo en tres sectores comerciales y políticos entrabados en una competencia total que sólo la resolverá la Tercera Guerra Mundial, que está a ojos vista: el Occidente capitalista, la Unión Soviética y el Tercer Mundo. Hay que quitarse de la cabeza que el marxismo es el que ha producido este fenómeno, aunque lo haya hecho posible. Las multinacionales han comprobado la afirmación de Marx de que el imperialismo es la última etapa del capitalismo. Las multinacionales que planifican, para su propia existencia, la economía mundial, presionan más a las sociedades humanas que el comunismo que es un sistema político como cualquier otro. Su ordenamiento de la producción y el consumo transforma el destino de los pueblos más que la planificación socialista. Su organización es de tal manera maestra que su presencia se encuentra aun en los más diminutos villorrios del planeta.

No es la perspectiva de una política de conquista, es la presencia asfixiante de un sistema económico sin el cual las multinacionales no podrían existir, ni tampoco los pueblos, obedientes a necesidades de consumo artificial creadas por ellas, vivir. Las multinacionales son una serpiente que en lugar de utilizar la manzana, como lo hizo el sabio satanás en el Paraíso Terrenal, para construir al hombre lo están destruyendo. Al final de esta carrera paradisíaca, sólo existirán sin clientes ni mercados. Dios nació en el desierto, decía Renán. Las multinacionales morirán en el desierto de las megápolis que son su campo de acción. Ahora aparece Jimmy Carter agregando a esta trilogía la política de la defensa de los derechos del hombre, como un apéndice de toda la farmacopea del imperialismo norteamericano. La corrupción de los Estados Unidos, cuyo único valor civilizador es el dólar, tuvo un instante de calma durante la campaña electoral de 1976, dulcificada por el canto evangélico carteriano de la defensa de los derechos del hombre. Si a este movimiento del calvinismo norteamericano no se le hubiera dado una dimensión internacional, habría fracasado fronteras adentro. En su vida local los norteamericanos no necesitan una propaganda de la defensa de los derechos del hombre, ni tampoco que se les advierta que cada domingo tienen que ir a su parroquia protestante a cantar sus cánticos religiosos. Carter quiso levantar el prestigio internacional de su país, tan caído después del desastre de Vietnam y del escándalo de Watergate. El desprestigio era demasiado hondo, justamente por internacional. Las dictaduras latinoamericanas, construidas en todas sus piezas por el imperialismo, las multinacionales y los viejos vicios del militarismo de origen español, estaban más que vivas.

América Latina, por su parte, agoniza cuando no muere corrompida por sus generales con mando, cuya principal arma es un estratégico anticomunismo, sólo negociable en la bolsa de valores de Washington. Los dictadores latinoamericanos entrenados en los fuertes norteamericanos por oficiales disciplinados en la Academia de West Point, conocen todos los secretos de su carrera política que no tiene nada de militar. Son más ágiles que Alicia en el país de las maravillas. La política de la defensa

de los derechos del hombre ha sido el mejor obsequio que se les ha hecho. Pueden matar impunemente siempre que defiendan en los foros internacionales los puntos de vista del Evangelio del presidente Carter. Pueden robar mientras los bancos suizos sostengan a las multinacionales. Pueden burlarse de la política norteamericana, mientras exhiban su anticomunismo de televisión. Para que exista una política de la defensa de los derechos del hombre, de una trayectoria tan vieja como la historia de las naciones, se necesita que haya un Estado fuerte y un ambiente internacional propicio. Del primero disfrutan ampliamente los norteamericanos. Del segundo apenas lo sospechan. Se habla en todo el mundo de los derechos del hombre, pero los pueblos, en sus inmensas masas indefensas, se mueren de hambre, disponen de una ignorancia ejemplar y son carne de cañón de guerras ideológicas que no entienden ni quieren entender. El mundo vive una paz precaria. Está en llamas. Mueren miles de individuos de la derecha y de la izquierda sin que sepan cuándo ni para qué. Cada ser que fallece es un pedazo de carne viva que se le cae a la filosofía tan cara al presidente Carter. La única verdad de la defensa de los derechos del hombre es que se universaliza cada vez más y está creando el ambiente mundial de una transformación de las necesidades humanas que, al final de cuentas, serán las que realicen la revolución que las sociedades actuales urgen en medio de la necesidad de ideas que no conducen a ninguna parte.

Nada ganan los países latinoamericanos con que Carter entregue el Canal de Panamá al general Torrijos, hechura de Washington. Es una fiesta más. Cuando los últimos cohetes de la fiesta se hayan quemado, el problema panameño seguirá siendo el mismo. Lo mismo pasará en Nicaragua cuando una dinastía vieja de 44 años, modulada por la intervención franca o disimulada norteamericana, salga de esta vergüenza de la era de los derechos del hombre que no lucha por la dignidad humana sino por el fortalecimiento de los regímenes corrompidos de este lado de la historia. El caso de Nicaragua se puede multiplicar por quince. Dios vigilaba a su pueblo cuando atravesaba el desierto, pero también ayudaba a que las

aguas del Nilo crecieran para fortalecer a sus enemigos.
Dios es imparcial, pero los jefes de Estado se aprovechan
sabiamente de la imparcialidad divina para realizar su
agosto.

San José, 20 de junio de 1978

